

lidades que disminuyen al ponerse en contacto con las clases superiores, esa burguesía, en fin, estaba admirablemente representada por los Matifat, drogueros de la calle de los Lombardos, cuya casa proveía *La Reina de las Rosas* hacia setenta años.

La señora Matifat, que quería ostentar un aire digno, bailaba provista de un turbante y vestida con un traje ordinario color de amapola bordado en oro, prendido que estaba en armonía con su aire altivo, su nariz romana y los esplendores de su tez carmesí. El señor Matifat, tan soberbio en una revista de la guardia nacional, donde se le veía á cincuenta pasos á causa de su redondo vientre, en el cual brillaba su cadena y su paquete de dijes, estaba dominado por aquella Catalina II del mostrador. Gordo y pequeño, provisto de gafas y con un cuello de camisa que le llegaba hasta el cerebelo, se hacía notar por su voz de bajo cantante y por la riqueza de su vocabulario. Nunca decía Corneille, sino el sublime Corneille. Racine, era el dulce Racine. Voltaire, ¡oh! ¡Voltaire! el segundo en todos los géneros, más gracias que genio, pero hombre de genio al fin. Rousseau, espíritu sombrío, hombre dotado de orgullo y que acabó por ahorcarse. Matifat contaba torpemente las anécdotas vulgares acerca de Pirón, que tiene fama de hombre prodigioso entre la clase media. Apasionado por los actores, el droguero tenía una ligera tendencia á la obscenidad, y hasta se decía que, imitando á Cardot y á Camusot, sostenía una querida. A veces, la señora Matifat, al verle dispuesto á contar alguna anécdota, se apresuraba á interrumpirle gritándole con toda la fuerza de sus pulmones:

—Gordo mío, mira mucho lo que vas á decirnos.

Le llamaba familiarmente su *gordo*.

Aquella voluminosa reina de las drogas hizo perder su actitud aristocrática á la señorita de Fontaine, pues la orgullosa joven no pudo menos de sonreirse cuando oyó que le decía á Matifat:

—Gordo mío, no te echés sobre los espejos, que es de mal gusto.

Es más difícil explicar la diferencia que existe entre la

aristocracia y la burguesía, que el que ésta eclipse á aquella. Aquellas mujeres, molestas con sus trajes nuevos, sabían que iban endomingadas y dejaban ver sencillamente una alegría que probaba que el baile era una rareza en medio de su laboriosa vida; mientras que las tres mujeres que representaban, cada una, una esfera del gran mundo, estaban entonces como debían estar al día siguiente, no tenían aspecto de haberse vestido expresamente, no se preocupaban del efecto que producían, sus caras no revelaban nada excesivo y bailaban con la gracia y el abandono que ciertos genios desconocidos comunicaron á algunas estatuas antiguas. Las demás, por el contrario, marcadas con el sello del trabajo, conservaban sus posturas vulgares y se divertían demasiado; sus miradas eran inconsideradamente curiosas, sus voces no formaban ese ligero murmullo que da una inimitable gracia picante á las conversaciones de baile, y sus personas no tenían esa seriedad impertinente que detiene al epigrama en germen, ni esa tranquila actitud que ostentan las gentes acostumbradas á ejercer un gran imperio sobre sí mismas. Así, las señoras Rabourdín y Jules y la señorita de Fontaine, que se habían prometido infinitos goces de aquel baile de perfumista, se destacaban de toda aquella multitud con sus gracias y el exquisito gusto de sus tocados, como se destacan tres primeras partes de la ópera en medio de la torpe multitud de sus comparsas. Aquellas tres mujeres eran observadas con admiración y envidia. La señora Roguín, Constanza y Cesarina formaban una especie de lazo que unía las figuras comerciales á aquellos tres tipos de la aristocracia femenina. Como en todos los bailes, hubo un momento de animación en que los torrentes de luz, la alegría, la música y el ardor de la danza causaron una embriaguez que hizo desaparecer aquellos matices en medio del *crescendo del tutti*. El baile iba á hacerse bullicioso, y la señorita de Fontaine quiso retirarse; pero cuando buscó el brazo del venerable vendeano, Birotteau, su mujer y su hija acudieron para impedir que toda la aristocracia desertase de su reunión.

—Les felicito á ustedes, porque hay en esta habitación

un perfume de buen gusto que, á decir verdad, me asombra—dijo la impertinente muchacha al perfumista.

Birotteau estaba tan embriagado con las felicitaciones públicas que no comprendió; pero su mujer se puso roja y no supo qué responder.

—He aquí una fiesta nacional que le honra—le decía Camusot.

—Pocas veces he visto un baile tan hermoso—decía el señor de La Billardiere, á quien nada costaba decir una mentira oficiosa.

—¡Qué aspecto más encantador, y qué buena orquesta! ¿Nos dará usted bailes con frecuencia?—decía la señora Lebás.

—¡Qué habitación más linda! ¿Ha sido usted el director?—le preguntaba la señora Desmarests.

Birotteau se atrevió á mentir haciéndole creer que todo aquello era cosa suya. Cesarina, que debía estar comprometida para todas las contradanzas, conoció la mucha delicadeza que encerraba la actitud de Anselmo, cuando éste, al levantarse de la mesa, le dijo al oído:

—Si fuese á dar gusto á mis deseos, le rogaría que me hiciese el favor de bailar una contradanza conmigo; pero mi dicha costaría demasiado cara á nuestro mutuo amor propio.

Cesarina, que encontraba que los hombres andaban sin gracia cuando iban derechos sobre sus piernas, quiso abrir el baile con Popinot, y éste, alentado por su tía, se atrevió á hablarle de su amor á aquella encantadora muchacha, durante la contradanza, pero lo hizo sirviéndose de esos rodeos que emplean los amantes tímidos.

—Mi fortuna depende de usted, señorita.

—¿Cómo es eso?

—Sólo una esperanza puede moverme á hacerla.

—Pues espere.

—¿Sabe usted lo que acaba de decir con esa palabra?—repuso Popinot.

—Espere usted la fortuna—dijo Cesarina con maliciosa sonrisa.

—¡Gaudissart! ¡Gaudissart!—dijo Anselmo á su amigo des-

pués de la contradanza, estrechándole el brazo con hercúlea fuerza.—Sal airoso, porque de lo contrario me levantaré la tapa de los sesos. Salir airoso, es casarse con Cesarina; ella acaba de decírmelo. ¡Mírala que hermosa está!

—Si, está muy guapa y es muy rica dijo—Gaudissart.—Vamos á ver si la freímos en el aceite.

La buena inteligencia de la señorita Lourdois y de Alejandro Crottat, futuro sucesor de Roguín, fué notada por la señora Birotteau, la cual renunció, no sin pena, á ver á su hija casada con un notario de París. El tío Pillerault, que había cambiado un saludo con el pequeño Molineux, fué á instalarse en un sofá al lado de la biblioteca, estuvo mirando á los jugadores, escuchó las conversaciones, y acudió de cuando en cuando á la puerta del salón para ver las agitadas canastillas de flores que formaban las cabezas de las bailadoras. Su actitud era la de un verdadero filósofo. Los hombres eran todos ordinarios, á excepción de de Tillet, que tenía elegantes modales, del joven La Billardiere, gomoso en ciernes, del señor Desmarests y de algunos personajes oficiales. Pero de todas las figuras más ó menos cómicas que formaban aquella asamblea, había una verdaderamente curiosa por su indumentaria. Supongo que se habrá adivinado ya al tiranuelo del patio Batave, vestido con fina ropa blanca, amarillenta de estar en el armario, exhibiendo una pechera bordada, y con calzón corto de seda negra. César le mostró triunfalmente las cuatro piezas creadas por el arquitecto en el primer piso de su casa.

—¡Ya lo creo! esto es cosa suya, señor—le dijo Molineux.—Mi primero, decorado de este modo, valdrá más de mil escudos.

Birotteau respondió con una broma; pero el acento con que pronunció aquel ancianito esta frase le hizo el efecto de un alfilerazo.

—No tardará en pasar el piso á mi poder; este hombre se arruina.

Tal era el sentido de la palabra *valdrá* pronunciada por Molineux.

La cara paliducha y la mirada asesina del propietario sor-

prendieron á de Tillet, cuya atención fué excitada al principio por una cadena de reloj que sostenía una libra de dijes y por una levita verde que daba al anciano un aspecto por demás extraño. El banquero fué, pues, á interrogar á aquel usurero para saber por qué casualidad bromeaba.

—Señor—le dijo Molineux poniendo un pie en el gabinete,—aquí estoy en la propiedad del señor conde de Grandville; pero aquí estoy en la mía, porque soy el propietario de esta casa—añadió indicando el otro pie.

Molineux se prestaba tan complacientemente á charlar con el que le escuchaba, que, encantado del aire atento de de Tillet, se franqueó con él, le contó sus costumbres, las insolencias del señor Gendrin y sus arreglos con el perfumista, sin los cuales el baile no habría tenido lugar.

—¡Ah! ¿con César ha hecho contrato de arriendo? Pues no acostumbra á hacerlo—dijo de Tillet.

—¡Oh! yo se lo he exigido.

—Si Birotteau hace quiebra—se dijo de Tillet,—este pillastre será un excelente síndico. Su meticulosidad es extremada, y yo creo que debe entretenerse, como Domiciano, en matar moscas cuando está solo en su casa.

De Tillet se fué á la sala de juego, donde Claparón estaba ya por orden suya, pues había pensado que, entregado al vicio, el fingido banquero se libraría de todo examen. Su mutua actitud pareció tan propia de dos extraños, que el hombre más desconfiado no habría podido descubrir la inteligencia de ambos. Gaudissart, que conocía la fortuna de Claparón, no se atrevió á hablarle al ver la mirada solemnemente fría que le dirigió el rico viajante, cual propia de un advenedizo que no quiere ser saludado por un compañero. Aquel baile acabó á las cinco de la mañana, hora en que sólo quedaban cuarenta coches de los ciento y pico que llenaban la calle de San Honorato. En aquel momento se bailaba la panadera, que fué desterrada más tarde por el cotillón y el galop inglés. De Tillet, Roguín, Cardot hijo, el conde de Grandville y Jules Desmarests jugaban á la berranga y de Tillet ganaba tres mil francos. Los resplandores del día hicieron palidecer las bujías, y entonces los jugado-

res asistieron á la última contradanza. En las casas de la clase media, el goce supremo de una noche no termina sin alguna enormidad. Los personajes imponentes se han marchado; la embriaguez del movimiento, el calor comunicativo del aire y los espíritus caldeados por las bebidas más inocentes, acaban por ablandar la resistencia de las viejas, las cuales entran por complacencia en las cuadrillas y se prestan á la locura de un momento; los hombres están sofocados, los cabellos erizados caen sobre las caras y les dan grotescas expresiones que provocan la risa; las jóvenes saltan ligeras, y las flores prendidas en sus tocados se convierten en alfombra para sus pies. El Momo burgués aparece seguido de sus farsas y entonces las risas se tornan frenéticas y cada cual se entrega á la broma pensando que al día siguiente recobrará el trabajo sus derechos. Matifat bailaba cubierto con un sombrero de mujer; Celestino hacía extravagancias y algunas damas palmoteaban con exageración para ordenar las figuras de aquella interminable contradanza.

—¡Cómo se divierten!—decía el feliz Birotteau.

—Con tal que no rompan nada—dijo Constanza á su tío.

—Ha dado usted el baile más magnífico que he visto en mi vida, y cuidado que he visto muchos—dijo de Tillet á su antiguo amo despidiéndose de él.

En la obra de las ocho sinfonías de Beethoven, existe una fantasía grande como un poema que domina el final de la sinfonía en *do* menor. Después de las lentas preparaciones del *sublime mágico*, tan bien comprendido por Habeneck, cuando un gesto del director de orquesta entusiasta levanta la rica tela de aquella decoración, llamando con su arco el deslumbrante motivo hacia el cual han convergido todos los poderes musicales, los poetas cuyo corazón palpita entonces, comprenderán que el baile de Birotteau produjese en su vida el efecto que produjo en sus almas aquel fecundo motivo, al que la sinfonía en *do* debe tal vez su supremacía sobre sus brillantes hermanas. Una hada radiante se lanza levantando su varilla. Se oye el ruido de las cortinas de seda purpúrea levantadas por unos ángeles. Puertas de oro, esculpidas como las del baptisterio florentino, giran sobre sus goznes de dia-

mante. La mirada se abisma en espléndidas perspectivas, y abraza una hilera de maravillosos palacios donde moran seres de una naturaleza superior. El incienso de las prosperidades humea, el altar de la dicha está encendido y un aire perfumado circula. Seres de sonrisa divina, vestidos con túnicas blancas bordadas de azul, pasan ligeramente ante vuestros ojos mostrándoos figuras sobrehumanas dotadas de una belleza, de unas formas y de una delicadeza infinitas. Los Amores revolotean comunicando á todo la luz de sus antorchas. Os sentís amado, y sois feliz con una dicha que aspiráis sin comprenderla, bañándoos en las olas de esa armonía que irradia sobre todo. Veis halagado vuestro corazón por vuestras secretas esperanzas, que se realizan por un momento. Después de haberos paseado por los cielos, el encantador vuelve á sumiros en los pantanos de las frías realidades cuando os ha dado sed de sus divinas melodías y vuestra alma grita aún: «¡Más! ¡Más!» La historia psíquica del punto más brillante de aquel hermoso final, es la de las emociones que causó aquella fiesta á Constanza y á César. Collinet había compuesto con su plantilla el final de su sinfonía comercial.

Cansados, pero felices, los tres Birotteau se acostaron al amanecer arrullados por los recuerdos de aquella fiesta, que en construcciones, reparaciones, muebles, consumaciones, prendidos y biblioteca ascendía á sesenta mil francos, sin que César lo sospechase. Esto era lo que costaba la fatal roseta roja colocada por un rey en el ojal de un perfumista. Si le ocurría una desgracia á César Birotteau, este solo gasto bastaba para que le encausasen. Un negociante está en el caso de quiebra fraudulenta si hace gastos juzgados excesivos, y tal vez es más horrible comparecer ante el juzgado por una bagatela, que ante la audiencia por un inmenso fraude. Para ciertas gentes, vale más ser criminal que tonto.

## II

## CÉSAR LUCHANDO CON LA DESGRACIA

Ocho días después de esta fiesta, último resplandor de una prosperidad de diez y ocho años próxima á extinguirse, César contemplaba á los transeuntes á través de los cristales de su tienda pensando en la extensión de sus negocios, que juzgaba ya pesados. Hasta entonces, todo había sido sencillo en su vida, fabricaba y vendía, ó compraba para volver á vender. Hoy, el negocio de los terrenos, su interés en la casa A. Popinot y Compañía, el pago de los ciento sesenta mil francos de efectos que tenía en plaza y que iban á exigir tráficos de efectos que desagradarían á su mujer, ó inauditos éxitos en casa Popinot, asustaban á aquel pobre hombre, el cual comprendía que tenía en la mano mayor número de riendas que las que podía sostener. ¿Cómo se arreglaría Anselmo para dirigir el negocio? Birotteau trataba á Popinot como trata un profesor de retórica á su alumno, desconfiaba de sus medios y sentía no estar á su lado. La seña que le había hecho para hacerle callar en casa de Vauquelin explica los temores que el joven negociante inspiraba al perfumista. Birotteau se guardaba bien de dejarse adivinar por su hija, por su mujer ó por sus dependientes; pero entonces obraba como un simple cañonero del Sena al que un ministro hubiera confiado, por casualidad, el mando de una fragata. Estos pensamientos formaban una especie de niebla en su inteligencia, poco apta para la meditación, hasta tal punto, que Birotteau permanecía á veces de pie como alelado tratando de ver claro en sus negocios. En uno de estos momentos apareció